

AL MARGEN DE UNA VIDA ILUSTRE

Por José Manuel Poveda

Vengo como de hinojos a escribir este prólogo. No será posible, sin embargo, que yo exprese, con ningún lenguaje humano, lo sincero y profundo de la devoción que he profesado siempre al autor de estas páginas. A través de mi juventud, violentamente iconoclasta, y apasionada por lo nuevo hasta la injusticia, yo no he hecho, en defensa del porvenir, más que estrangular recuerdos, negar vanas glorias, sopesar valores, exigir responsabilidades a los falsos ídolos de nuestro ayer, culpables de las contradicciones y de las vergüenzas de hoy. Pero a esta memoria inmaculada e inmarcesible del doctor Francisco R. Argilagos, yo la he defendido y protegido constantemente en mi alma, y ahora que me toca contribuir un poco a su glorificación, me siento tan orgulloso como satisfecho. El doctor Argilagos perteneció a una casta de proceres, de la que Cuba ha conocido contadísimos ejemplares, y a la cual yo venero con veneración religiosa: la casta de proceres que no se lanzó a la rebelión contra España en pos de fines utilitarios ni de encumbramientos, sino que amó y comprendió el ideal de la República, y luchó por un luminoso programa de Democracia, de liberación social y de regeneración moral y política. El caso vulgar entre nuestros grandes hombres de acción o de pensamiento, ha sido el de la casi total incomprensión de los fines políticos, sociales y morales que provocaron la guerra de independencia, y que debieron a todos los caudillos de la Emancipación. Haber comprendido esos fines constituye la verdadera grandeza de las dos únicas figuras geniales de nuestra gran epopeya: José Martí y Antonio Maceo. No haberlos comprendido ha destruido el crédito y la influencia de casi todos los antiguos soldados libertadores: los hemos visto volverse, una y otra vez en plena vida republicana, contra los principios que antes parecieron defender, y han escarnecido la causa sagrada, han burlado al pueblo, han entronizado sistemas de violencia y despojo, han hecho de la cosa pública objeto irrisorio de todas las granjerías, han

prosperado a costa del bien público, y han negado, por último, a las multitudes, el derecho que les concedió la Carta Magna, de decidir con su voto los destinos de la Patria. La nueva generación, entre cuyos más irreductibles portavoces me cuento, ha acabado así por desconfiar de todos los proceres de la libertad de Cuba, ha acabado por recusarlos o despreciarlos; y cuando clama por los «caudillos republicanos» que salven a la nación de las corrupciones y los despotismos del presente, apenas puede señalar el recuerdo y el ejemplo de unos pocos, aquellos que supieron ser luz pura en el camino hacia la libertad y conciencias exactas y abnegadas en la hora de la República. En ese sentido yo señalo al doctor Argilagos. Por esa razón venero su memoria. Aquel anciano tuvo el amor de su pueblo, conoció la desesperación de los humildes, comprendió las inmensas responsabilidades de las altas clases, quiso que la Patria fuera «cielo y esperanza de todos»; odió con todo su corazón, tanto como a los tiranos, la organización social y moral de la tiranía; soñó con una Patria nueva, distinta de la Colonia como el bien es distinto del mal, en la que todos los derechos tuvieran su sanción, todas las virtudes su recompensa y todos los vicios y las lacerias del coloniaje tuvieran su cauterio heroico. Un hombre así mereció ser amado. Hoy que ya no existe, merece que le recordemos con asombro y ternura. Merece que nos acerquemos hasta su tumba, los hombres de hoy, la juventud combatiente, liberal y renovadora de Cuba, y le lloremos, no como a un antepasado que cumplió su destino, sino con lágrimas y ofrendas fraternales, como a un hermano que hubiera muerto demasiado pronto.

I

Y apenas le recordáramos, sin embargo, a no ser por la piedad filial de un hijo insuperable. El doctor Francisco R. Argilagos murió casi olvidado; punto menos que desconocido. La gobernación del país, —fuente de riquezas para todos los advenedizos, los traidores y los ambiciosos de lucro, para todos los trepadores, y los *politicians* sin pudor—, no tuvo más que olvido y desdén para el patricio, para el soldado del 68, para el escritor insigne, para el «americanista» que el continente aplaudía, para el hombre de ciencia que había honrado a su país en el extranjero. Pobre, porque a la causa de Cuba sacrificó cuanto poseía, no pudo publicar su obra inédita, ni reunir en volúmenes la gran tarea dispersa en diarios y revistas. Enfermo y pobre, al fin de su vida, consumió oscuramente sus últimas energías, y se rindió al cabo en silencio, más desesperado de verse solo que de morir, angustiado por la perspectiva de miserias que amenazaban al hogar triste . . .

Aun los que ya entonces le estimábamos, le habríamos olvidado, si no hubiera existido Rafael G. Argilagos. Por fortuna, el hombre que había sufrido tantas adversidades y que tuvo tan poca suerte en la vida, logró tener «un hijo», un hijo «en los amores y los ideales». El caso no es corriente. Por regla general los hijos de los hombres ilustres son perfectas negaciones de la mentalidad, de los ideales y hasta de la moral de sus padres. Usufructúan el nombre insigne; prosperan por la gracia de la estirpe; cobran los haberes que el padre procer no logró percibir; pero en realidad desmienten, cuando no traicionan, a sus progenitores. Rafael G. Argilagos y Loret de Mola es de otra naturaleza. Antes que invocar el nombre de su padre, se hizo un nombre propio. Lleno de devoción hacia la obra de su padre, se cuidó, no obstante, de realizar una obra personal. Periodista de hermosas actividades y poeta de estro purísimo, ha conquistado honrosos lauros: ha sabido empeñarse en faenas de verdadera trascendencia patriótica y de incuestionable interés lírico. Aceptó el sagrado albaceazgo en que consistía la conservación y publicación de la obra inédita de su progenitor, no como el hijo que administra una herencia, sino como el intelectual que comprende, y quiere y sabe hacer justicia. Rafael G. Argilagos, empeñado con todas sus fuerzas en salvar del olvido el nombre y la obra de quien le dio el ser, no ha vacilado un momento ante ningún obstáculo, ni ha renunciado ante las mayores contrariedades, y, a la postre, ha triunfado. Ya hoy Cuba entera, el gran público, y los cenáculos, aprecian su esfuerzo, desean la obra, recuerdan al gran desaparecido. Frente a las páginas que verán la luz precedidas por estas líneas mías, como frente a los volúmenes ya publicados, el país comprenderá la riqueza de toda esta labor patriótica, literaria y científica que ha sido descubierta: los que admiramos profundamente al padre, debemos estar profundamente agradecidos al hijo.

III

El doctor Francisco R. Argilagos fue, antes que todo, uno de los más puros, más honrados y sinceros patriotas que Cuba ha conocido. Las más fervorosas, ardientes y apasionadas de las páginas que escribió fueron aquellas que consagró a la causa de la Independencia, a narrar los más dolorosos episodios de la gran epopeya, a contar las vidas de los héroes. Esos trabajos suyos, muchos de los cuales ha publicado Rafael G. Argilagos en tres libros,

Patria,¹ *Proceres de la Independencia*² y *Prédicas insurrectas*,¹ están llenos de la pasión sagrada que forjó los caudillos. Lo violento y firme de su amor patrio hace sus odios patrios firmes y violentos. Condena con implacables anatemas; mantiene siempre viva la llama cruenta que incendió toda la Isla en rebelión, durante los grandes días; lanza las acusaciones y relata los crímenes con el ardor de las pasiones insurrectas que no saben absolver ni perdonar. Frente a las depredaciones y a los atropellos sin freno que realizó el gobierno colonial, el doctor Argilagos no busca excusas: se ve en él al actor del gran drama, cuyas heridas profundas sangran sin tregua, y que no puede contemporizar. Para el historiador imparcial y sereno, el español trató a Cuba como tratan todos los colonizadores a sus colonias rebeldes; para el doctor Argilagos, —soldado insurrecto, y pariente de aquellas infortunadas mujeres, las Loret de Mola, violadas y quemadas por la soldadesca— el español fue monstruoso y merecía odio eterno. Pero no es, con todo, este odio santo, lo que más enaltece al patriota. Lo que lo agiganta es la pureza de su ideal, la valentía de su alma y la generosidad de sus sentimientos humanitarios. De la pureza de su ideal fue prueba plena la actitud del doctor Argilagos, en la célebre entrevista de Ojo del Agua, y en la junta de Guáimaro, cuando los jefes de la revolución quisieron imponer restricciones a sus propios decretos sobre la abolición de la esclavitud. Los más ricos hacendados del centro y del occidente de Cuba ofrecían dinero y apoyo a la Revuelta, siempre que los revolucionarios no tocaran las dotaciones de esclavos, y dejaran para más tarde todo tratado sobre la emancipación de los negros. Ante las necesidades del momento, y a pesar de que la abolición de la esclavitud era ya un principio por el *Decreto* inicial de Céspedes, confirmado por la *Junta de Sibanicú* y por la *Asamblea del Centro*, y consagrado, en su artículo 24, por la Constitución de Guáimaro, el propio presidente de la República se hizo ahora paladín de las restricciones, y dictó esta inconcebible *Orden del día*: «Será pasado por las armas todo el que sustraiga de las fincas las dotaciones de esclavos, aun cuando sea para incorporarlas al Ejército Libertador». Contra esta deplorable abjuración, —que falseaba el espíritu de la Revolución y la perdía (tropas negras fueron las tropas de la Guerra Grande)— se irguió denodadamente el doctor Argilagos: negó a la insurrección el derecho de conservar ni defender la más odiosa institución del despotismo; increpó a Céspedes

¹ *Patria*. Imprenta de Arroyo Ramos, Santiago de Cuba, 1912.

² *Proceres de la Independencia de Cuba*. Imprenta de Aurelio Miranda, Habana, 1916.

¹ *Prédicas insurrectas*. «Biblioteca Cuba», de Néstor Carbonell, Habana, 1916.

en nombre de los jefes abolicionistas de Sibanicú; se presentó, en la Junta de Guáimaro, venciendo todas las oposiciones, a reclamar acuerdos perentorios, y su actuación no terminó sino con su arresto, decretado por el Gobierno, que veía entonces peligrar yo no sé qué oscuros intereses . . . Pero así probó muchas veces, con la pureza de su ideal, la valentía de su alma, el doctor Argilagos. La había probado ya, antes de la guerra, en la propaganda sediciosa, con el artículo provocador y el discurso acusatorio; la probó en la acometida audaz y firme contra el adversario, en el campo de la lucha, después de haber renunciado a todos los bienes del hogar y la riqueza; continuó probándolo, desde la emigración, cuando ya viejo y enfermo, enviaba a tres de sus hijos, uno tras otro, al campo del combate, y aun se ofrecía para llevar él mismo los últimos y más pequeños, «*la tercera generación*» —decía— que al fin hará morder el polvo a los tiranos» Pero este mismo hombre, sin embargo, tan violentamente apasionado por la causa de la Independencia, no fue nunca sanguinario. Nadie le aventajaba en el odio contra el opresor, ni en la firmeza de sus convicciones separatistas; nadie le superó tampoco en humanidad ni en hidalguía de sentimientos. No tan sólo supo ser en todo caso un médico, a la vez que un soldado, a la hora de la batalla; no se limitó a auxiliar, con idénticos cuidados, a todos los heridos, cualesquiera que fueran sus insignias; no fue sólo el médico cubano, prisionero, que salvó la vida al sargento de Vergel, herido casi mortalmente, en el pecho, por una bala mambisa. Fue también el abogado de los reos de muerte, empeñado siempre en evitar efusiones de sangre entre los patriotas. Fue quien, cuando el teniente insurrecto, escritor y poeta camagüeyano, Salustio Román Arteaga fue condenado a muerte «por haber intentado la desertión», corrió, —en los propios instantes en que Ignacio Agramonte urgía el «cúmplase» de la sentencia— hasta donde estaba el general en jefe Manuel de Quesada, y que corrió luego, ante la negativa de Quesada, a los hogares cubanos del cafetal de Bernal, y volvió trayéndole a Quesada las súplicas y las lágrimas de las mujeres camagüeyanas, para llegar al fin, al campamento insurrecto, con la orden de perdón, cuando Salustio estaba a punto de recibir la descarga. ¡Y esto lo hizo por quien «intentaba la desertión», aquel para quien nada era tan ignominioso como abandonar a la Patria, en aquellas horas de terrible agonía; lo hizo, por quien sentía la nostalgia del hogar abandonado y la madre enferma, quien, por la Patria, había sacrificado todos los afectos!. . . Cuba tuvo, entre sus grandes hombres, muchas puras conciencias y muchos corazones generosos. Ninguno superó, empero, los de este hombre extraordinario, acaso porque, a la altura de su genio, era, sobre todo, humano, y cuando

defendía los derechos de su pueblo defendía en primer término los fueros de la especie, contra un déspota «inhumano».

IV

Sus verdaderos días de prueba fueron, no obstante, los de la República. La República victoriosa ha sido, más aún que la Revolución, la piedra de toque de nuestros «grandes» caracteres. Apenas iniciada la era republicana, los antiguos soldados libertadores comenzaron a abjurar, en masa de los que debían ser sus principios intangibles. Unos pusieron inmediatamente de relieve la loca sed de mando, otros el ansia de lucro que sin duda les movió secretamente, en los días de la contienda. Los más volvieron las espaldas al pueblo, y soñaron con el imperio de una casta por sobre el de la multitud. Empezaron a agenciarse por todos los medios, los unos, la riqueza que les retribuyera los servicios prestados; los otros, el predominio de una especie de aristocracia, como si la sangre vertida por los héroes del pueblo no hubiera borrado todo privilegio y preeminencia de castas. Don Francisco Argilagos fue de los pocos que se mantuvieron en la paz, consecuentes con sus ideas del 68 y del 95; de los que siguieron pensando, como entonces, que la Patria era un deber sagrado y no un botín de guerra. Había amado la causa de la Patria con tal inmenso amor, que aún en la paz siguió odiando, «sin forjar disculpas», a los que la combatieron. Había tenido «el amor del pueblo», y continuó gozando o sufriendo con cada hombre del pueblo, aquel amor sin límites, como en los días anteriores al 68 en que, ante la sociedad camagüeyana estupefacta, y desafiando a la Guardia Civil que acabó por arrestarlo, sentaba a su mesa a sus esclavos, o paseaba en carroza abierta al violinista mulato José Tomás de la Rosa y al poeta negro Juan Antonio Frías. Fue liberal, ideal y sinceramente liberal, y no medró a costa de la República; no exigió nada en pago de sus invaluable servicios. Se apartó, por el contrario, lleno de miedo y vergüenza, del horrendo festín republicano; y salió a la palestra, erguido como ante Céspedes en Ojo del Agua, para acusar al Presidente de «desleal a la causa de la democracia». Pudo decir entonces, el patricio olvidado, al patricio encumbrado: «Tú afirmas que no hay ciudadanos porque tu pueblo no te ama; pero persistes en conservar el poder, contra el desamor de tu pueblo, y en eso faltas tú a todo principio de ciudadanía». Un hombre de tal especie no podía menos que ver con asombro y terror, desde el fondo de su alma, las terribles concupiscencias y las ambiciones odiosas que mancharon los nombres de los patriotas, en la hora del mando civil y del disfrute político.

Enfermo de esa inmensa amargura murió don Francisco Argilagos. No pudo iluminar sus ojos de agonizante ningún sueño de gloria. No dejaba a sus hijos otra herencia que la de un nombre puro (pequeña, muy pequeña herencia en nuestro pequeño país). No veía sino peligros de aniquilamiento, fuerzas de dispersión y vísperas de desastre, en la vida de la Patria a la cual sacrificó cuanto tenía. Debía contar con el olvido y la incompreensión de todos, por lo mismo que moría absolutamente pobre y casi desconocido. Pero debió sucumbir sin lágrimas, no sólo porque era un corazón indoblegable, sino porque hasta el último instante pudo estar satisfecho y orgulloso de sí, y porque una conciencia honrada y altiva sabe que, aun cuando descienda a lo desconocido, en realidad los caminos ascienden todos bajo su planta, hacia la Inmortalidad.

V

Que es digno de la inmortalidad lo prueba hasta la saciedad, su obra. Ya los libros publicados demostraran los méritos del panfletario, del propagandista y del historiógrafo. Han podido ser apreciados igualmente las dotes de su estilo. Este no es, desde luego, el de un preciosista, pero en cambio posee estas otras innegables cualidades: vehemencia, elocuencia, espontaneidad y corrección sintáctica e ideológica. Se resienten a veces sus prosas, es cierto, del ardor impaciente con que fueron creadas. Van en línea recta a su fin de protesta, de conminación o de añoranza exasperada, y se pueblan de interjecciones, gritan y se retuercen de angustia y de cólera; se llenan luego de lágrimas, y van arrastrándose, como viudas con las vestes desgarradas, o madres que han perdido a sus hijos, o hijos que han visto profanadas las tumbas de sus mayores, y gritan al borde de los sepulcros, vociferaciones de venganza. Estos otros estudios americanistas, que, con el título de *Prosas Selectas*, ha agrupado Rafael G. Argilagos, son ya distintos. Se trata de una primera serie de estudios de igual índole, en los cuales demostró el doctor Argilagos que poseía extraordinaria competencia en materias de lexicografía e historia americanas. El estilo se vuelve más conciso, pierde el brillo de las arengas y adquiere la sobriedad clásica que conviene a las exposiciones y a las investigaciones. La personalidad literaria del doctor Argilagos adquiere en estas obras gigantescas proporciones. El lexicógrafo y el historiógrafo resultan de tal suerte documentados, tan sabios y tan seguros sobre cuestiones que no habían sido estudiadas antes, que causan verdadero asombro, si se piensa en el desasosiego y en la actividad constante del patriota; y que asombran mucho más aún si se

sabe que el doctor Argilagos era, además, un médico, y un médico que se había distinguido por su pericia y por las investigaciones practicadas, en una especialidad tan importante como la oculística. Con todo eso, la obra americanista del doctor Argilagos fue amplísima. A esta primera serie de estudios que hoy aparecen en volumen, habrán de seguir más tarde otros estudios tan importantes como: «Gramática y Diccionario Polígloto de la Lengua Guajira» (Estudio Etnográfico, Filológico y Arqueológico de los indios guajiros de Colombia y Venezuela); «Sinopsis Gramatical y Léxico Polígloto de la Lengua Aruaca»; «Teogonia de los Primitivos de Haití»; «Arte y Vocabulario Cuna de la Lengua de los Indios del Darión Antiguo y Moderno»; «Cerámica Precolombiana». (Bosquejo etnográfico y de arqueología precolombiana. Barro, Metal, Piedra, Hueso y Madera). A esta lista hay que añadir los títulos de dos libros importantísimos: «Provincialismos, americanismos, voces híbridas» y «Reparos al Diccionario de la Academia sobre la Flora y Fauna de América». . . Semejante obra, vasta y trascendente ¹ (una parte de la cual apareció, en opúsculos, durante la larga estancia del doctor Argilagos en Colombia) es la mejor ejecutoria intelectual del grande hombre. Después de los panfletos de guerra que vibraban, como clarines, a través de la América libre, conminando a las conciencias para que acudieran en auxilio del último pueblo esclavo del Continente, el doctor Argilagos consagró sus actividades a desentrañar los secretos de la lengua y de la historia aborígenes. Es perennemente un insurrecto que, en la tregua forzada, reposa añorando, y honrando a las razas autóctonas, a los dueños del suelo, y que junto a los altares destruidos, al exhumar los vasos sagrados y los impasibles fetiches, al reconstruir los cánticos de los pueblos extinguidos, afirmaba el afán de independencia y juraba la fe de libertad de las razas nuevas, dueñas del suelo conquistado sólo al precio de la sangre que vertieran por librarlo de sus conquistadores.

VI

Yo he insinuado algo sobre los méritos científicos del doctor Francisco R. Argilagos, y no serían completos estos párrafos sino consignara siquiera una breve noticia acerca de la faena científica que realizó aquel hombre excepcional. Objeto principal de sus dedicaciones fueron la oftalmología y las enfermedades de la vista en general. A esas materias consagró valiosas monografías, a partir de su célebre «Discours d'apperture», pronunciado

¹ Las obras del doctor Argilagos ascienden a treinta, entre opúsculos y libros; yo no cito sino las de mayor alcance científico, histórico y literario.

ante la «Sociedad Internacional de Oftalmología» reunida en París en 1860. En ese mismo año, y en el siguiente, publicó varios opúsculos: I) «Sur un nouveau moyen de corriger l'influence facheuse que la lumière exerce sur les yeux soumis à l'examen ophtalmoscopique»; II) «Rupture de la sclerotique, par contre-coup, et ptosis traumatique», III) «Classification des maladies internes de l'œil»; IV) «Ophthalmoscopie Physiologique». Sobre otras cuestiones médicas que también merecieron su atención, pueden ser recordados otros tres folletos notables: «Sobre la ataxia locomotriz», «Sobre la eclampsia obstétrica» (tesis para el Doctorado) y «Recopilación de casos notables de Cirugía». . . Hombre de ciencia, el doctor Argilagos no descansó un instante en sus investigaciones: quiso dejar huellas de su esfuerzo, y escogió una especialidad en la cual se hizo de una autoridad innegable. Hoy todavía, merece ser estudiado, y su obra puede servir de guía a los modernos. No puede ser olvidado. Cada día con más fe, acudirán a su obra, los que deseen aprender, y el doctor Argilagos les enseñará la más difícil enseñanza, aquella en la que, sin embargo, él fue un maestro sin igual: los enseñará a estudiar.

VII

No hay elogio para tal hombre. El doctor Francisco R. Argilagos perteneció a una casta humana para la que no hay retribución posible. Fué de aquellos que no saben conquistar los triunfos que para el embustero, el audaz, el charlatán y el reptil, son tan fáciles. No sabía deslumbrar; no sabía medrar. Sabía en cambio trabajar sin reclamos, soñar en silencio y amar sin egoísmo. Se interesaba por el bien de los otros más que por el bien de sí mismo: estaba previamente condenado a la ingratitud y al olvido. No pregonaba sus merecimientos: tenía que ser desconocido, a pesar de sus triunfos alcanzados en los mejores círculos. Era un procer y un patriarca immaculado; no pensó nunca que merecía todo de la Patria; tuvo que serle negada toda recompensa. No aduló a los que mandan, sino que, por el contrario, denunció sus vicios ante la conciencia pública. Prefirió ser amigo de los humildes, consuelo de los afligidos, abogado de los perseguidos, padre de los desheredados: debió ser perseguido, afligido y desheredado. Con esta especie de hombres la sociedad suele ser tan absurda e inicua e injusta, que toda reparación postuma, incluso los homenajes públicos y las efigies en mármol o bronce, resultan luego casi sarcásticos. A estos hombres que han valido tanto y para los cuales su pueblo ha sido tan injusto, casi es mejor adorarlos en silencio, recordarlos discretamente, y alejar de ellos las

reparaciones tumultosas que les harían sonreír, desde su gloria, amargamente. El único homenaje verdaderamente digno del hombre ilustre, del caballero sin tacha, es este que Rafael G. Argilagos le dispensa, éste al cual yo contribuyo ahora con todo el entusiasmo de mi espíritu: el de revelar la obra, el de asegurar, contra el tiempo y el olvido, la labor magnífica. Rica de sí misma, cargada de sus méritos incontrovertibles, perenne y altiva, la obra será el más puro monumento que perpetúe la memoria del gran desaparecido: ella será su estatua y epitafio. Un día acudiremos, los hombres de la nueva generación, precedidos por el hijo insuperable, por Rafael, que ha sabido ser tan honrado, tan fiel y tan comprensivo, y dejaremos caer unas cuantas rosas frescas sobre la tumba del grande hombre, sin discursos y sin frases. Aquella ofrenda muda será la Reparación, mucho más significativa por callada y por consciente, que todas las reparaciones de vano estruendo y de falsía oficial. Reverenciaremos entonces, no únicamente al intelectual ilustre y al gran investigador: reverenciaremos muy especialmente al patriota que jamás abjuró de sus credos, y que dió a la Patria cuanto tenía, sin pedir ni obtener jamás cosa alguna a cambio; que se conservó puro y abnegado, como en los días alucinados del grito de guerra, durante los otros días en que todos, los más altos y los más humildes, caían y abjuraban. Reverenciaremos muy especialmente, —nosotros los que soñamos con un Partido Liberal cubano, fuerte de ideales e invencible de sanos propósitos democráticos,— al hombre de Partido que no claudicó nunca, y que era en sí mismo un programa y una bandera insospechables. Cuando centenares de falsos ídolos habrán caído; cuando muchos dioses vergonzantes habrán desaparecido, quedará erguido este ídolo nuestro, sobre las cabezas de las multitudes sin nombre. Y a las generaciones que vendrán les mostraremos nosotros, jueces irrecusables del pasado, el pensamiento y la vida de este hombre, como una de aquellas vida y de aquellos pensamientos en los que debe aprender sus ideas y sus virtudes el Futuro.